XIV

LA TENDENCIA PROFUNDA

La vida del alma es su amor.

Su amor la define, la concreta, la determina. Somos lo que amamos.

Allí donde hemos puesto la ternura amorosa del corazón, allí está también nuestro pensamiento, nuestra entrega y nuestra más bella ilusión.

Como hemos considerado en capítulos anteriores, el don es sencillamente un alma que ama al Absoluto, al único Amor, empleando la misma fórmula y modo que El usó para amarla: ¡darse!

Y porque ha visto que Dios es todo y el resto nada..., y porque Dios le ha permitido sondear la maravilla inefable de su secreto trinitario, sólo busca en adelante, *sustanciarse* lo más posible en la profundidad de ese misterio, paladeando circunstancias y cosas en el corazón mismo de la Trinidad.

Algún día, en vez de sentir a Dios en sí, se sentirá a *ella misma en Dios,* entonces su proceder, verdaderamente divinizado, habrá eliminado ideas, criterios, impulsos, y tenderá a fusionarse en el obrar divino y a perderse en El.

Será el don nuestro a quien primero se nos dio, una especie de mística apropiación del estado trinitario, dentro de la diferencial distancia de nuestra humanidad, la más lograda asimilación de El.

"Adherirse a Dios —ha escrito Bourgoing— es estar totalmente en su poder."

El don total es la contemplación *efectuada*..., es la realización constante del amor trinitario, es no sólo oración, sino vida de oración, mantenida y cumplida. Porque no hay oración más pura que aquella que ama y se entrega sin tasa al Amor.

Y la contemplación a su vez es la donación más auténtica, porque todo lo traspasa en aquel que intuye, conoce, la enciende y diviniza.

Por eso aunque los pasos del camino se inicien desde una esquina u otra; desde el punto de partida de ir dándolo todo, o desde el orar lo más posible, llega un día en que la contemplación es don entero y el don es fusión permanente.

Por eso hay una definición sola para ambas cosas: "son la vivencia del alma en Dios".

Y si alguien todavía me preguntase:

¿Cómo se acrecienta y despliega el don total?

Encontraría la misma respuesta: Por la vida de oración.

¿Y cómo se llega a la más honda oración?: Por la entrega más absoluta.

Por eso vamos a hablar de la oración como de la tendencia profunda y abismada del alma que *se da*, y sólo ansía agotarse en su donación.

Santo Tomás nos habla de la "intentio principalis", como de la más profunda tendencia de la voluntad espiritual.

No es una vacilante sugerencia.

Ni una vaporosa atracción.

No es un leve girón de atractivo.

Ni un impulso vago y brumoso.

Ni ideas sólo insinuadas o instintos inconscientes...

La intención principal es el recto querer del alma, es la que caracteriza lo más profundo de su ser, lo que se puede llamar “su vida”.

Es lo que en ella predomina, donde encuentra su más grata placidez y su más perfecta alegría, la que enseñorea la ambición de su espíritu.

Y esto es lo que en muchas almas puede llamarse su tendencia “trinitaria”, y que consiste en una inclinación contemplativa —para la perfección también de su apostolado— que lleva a unirse con Dios y a permanecer en El.

Es una instigación, un peso que fondea en la misma Trinidad.

Es un ajustamiento a Ella.

Es un “ab intus” interior y sosegado que nos residencia en el Absoluto.

Es ser “alma esencial” por instinto y apetencia, por sed y hambre que supere toda relatividad... ¡almas supremas!

Necesitamos de la oración como de la respiración y del alimento.

Sin conocer, sin intuir, sin contemplar a Dios, nadie llega a unirse con El, porque es una psicológica indestructible que el amor se envuelve en contemplación, así en la tierra como en el cielo.

Sin estar en convivencia continua con Dios, se disminuye y abrevia la visión de lo sobrenatural, se amengua el estilo divino.

Y en cambio cada retorno a la oración renueva la llama, pone en marcha el motor, despliega nuevas energías.

La oración es indispensable, insustituible.

Ser o no ser almas de oración es cuestión de vida o muerte.

La oración nos afina, nos especializa en la ciencia del amor, nos otorga una "forma mentis" para la Teología y un "sensus mysticus" para la contemplación.

La oración es amor, ejercicio de amor, perfeccionamiento de amor.

Pero cuando un alma no acaba de entregarse a Dios, el amor está como medroso y cohibido; no puede obrar libremente todos sus designios en el alma.

Por eso se establece un círculo redondo y cerrado.

Si el alma entra más y más en la oración, el don total se perfecciona, se mejora, se torna más íntimo y maravilloso, y, a su vez, si el alma se detiene y titubea en la entrega, la oración no avanza, se enfría, decae.

Se confirma y acentúa aquello de San Juan de la Cruz: "Dios se da a quien enteramente se le da."

Dios informa de vida divina a quien se le ofrece enteramente.

Y cuando un alma se recoge humildemente a sus pies, para traspasarse a El, en una oración quieta y solitaria, puede aplicarse siempre aquellas dulcísimas palabras del Señor a la Vble. María de Jesús del Carmelo toledano: "Todo tu amor lo quiero Yo entero para Mí".

La oración y el don total al llegar a cierta etapa se confunden para siempre en una sola realidad: ¡la vivencia en Dios!

Así lo entendía como un mismo acto el mercedario Fray Juan Falconi, cuando escribe:

"De lo que se paga Dios en la oración es de la

voluntad y deseo de agradarle, cercenando de especulaciones, dejándose en sus manos, quedando en un vacío de todos los conocimientos y lejos, pérdida de sus gustos sensibles..., porque es cuando está en lo interior y más levantado templo de su casa, tratando a solas con Dios, adorándole en espíritu y en verdad, negando en todo el propio querer y voluntad."

Pero esa amorosísima convivencia de la oración debe mantenerse, acrecentarse, ¿cómo?

Por una oración

1 — suficientemente prolongada.
2 — cuidadosamente ambientada.
3 — amorosamente defendida.

1 — Suficientemente prolongada.

Ahora nos encontramos en una época de feliz revisión de modos y procedimientos y todo Instituto que no quiere quedarse "momificado" deberá estudiar su adaptación y "aggiornamiento", no hacia una superficialidad modernista y extranjerizante, sino hacia sugerencias y resoluciones que puedan significar una intensa revitalización.

Lo importante es la vida de "trato con Dios" entrañable y unitivo... Ahora bien, ¿no resulta quizá que los llamados "ejercicios de piedad" o devociones son poco eficientes para este encuentro divino?

Letanías inacabables, padrenuestros sin término, recitales de preces arcaicas, nos llevan a pensar con alivio en la comprensiva adaptación de la Iglesia que recorta el Oficio Divino y suprime fiestas y octavas.

La juventud actual se muestra refractaria a esas

sesiones más o menos fervorosas que no producen ningún avance en la divina intimidad.

Ellos claman por "une exigence nouvelle de priére silencieuse, pour un exercise actuel de l'union à Dieu".

Y otra muchacha testifica: "La vida espiritual es un compromiso de todo nuestro ser con el misterio de Dios, por eso la oración debe "pasar" en el fondo del corazón".

Que se quiten súplicas y repeticiones y se dé lo que tan bellamente llamó en el siglo XIII Humberto de Romans "el desahogo personal" con Dios.

¡Cómo rehace las fuerzas agotadas en la catequesis, la enfermería, la clase, la oficina, un rato silencioso y prolongado de íntima comunicación con Jesús!

La oración, cómo nos varía, nos reforma, nos rehace!

Y no decimos meditación porque éste es sólo uno de los muchos métodos y formas que pueden emplearse, un sistema, una envoltura, pero el hecho de la sustancia no está ahí.

Si queremos algo profundo llamémoslo oración.

La oración no es ir a la compra de ideas al mercado de floridos pensamientos, ni elaborar discursos, no estudiar Sagrada Escritura..., es estar con Alguien..., y ese Alguien ¡es Dios!

Por eso ningún tiempo mejor empleado en nuestra existencia que el que dediquemos a nuestra "inmersión en Dios".

No admite comparación con ningún otro.

El P. Voillaume opina así sobre la oración: "Hay que ofrecer un alma desnuda a la acción del Espíritu Santo, mantenerse en ello con muchísima energía, con

grande ánimo, Dios se servirá de esta oración de despojo completo, como de una postrera preparación para la unión inacabable".

Las oleadas de la trepidación, del movimiento, del vértigo de la vida moderna sólo pueden acabar dulcemente en las arenas de esta playa de la oración callada al ritmo del Espíritu Santo.

Este logro de oración es avidez actual en almas muy diversas.

Y por eso repiten que vale más talar hojas de rezos para que el fruto sea más asequible, y quitar el tiempo al balbuceo de los labios para dejarlo ampliamente a la dilección del corazón.

Quizá sea la manera de que muchos horarios personales o conventuales, suprimiendo ese amontonamiento de oraciones, puedan encontrar una hora más para darla a la comunicación con Dios.

¡Cómo se notaría en una vitaminización nueva del quehacer apostólico, en la observancia, en la exquisitez del buen espíritu!

¡El frote con la Divinidad de reflejos y reverberos de su Bondad divina!

De hecho sabemos de almas y aun Institutos que lo van consiguiendo venturosamente.

Así se logrará el mínimum deseable de dos horas diarias de oración.

La oración breve, corta, no permite la impregnación.

De hecho, todas las vidas de los santos están unánimes en esto de la larga oración. Se ve que es algo que resulta clarísimo en las cercanías de Dios, y que ellos no opinaron nunca que perdían el tiempo para

el apostolado; conociendo bien que el más eficiente apostolado es la deificación de un alma y que sólo un alma transformada, divinizada, puede hacer variar a las demás.

Recordemos las palabras definitivas y nunca bastante ponderadas del Místico Doctor: "Adviertan, pues, aquí los que *son muy activos*, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones, y *obras exteriores, que mucho más provecho* harían a la Iglesia y *mucho más agradarían a Dios,* si gastasen siquiera la *mitad* de ese tiempo en estarse con Dios en oración..., aunque no hubiesen llegado a tan alto estado como éste. Cierto, entonces harían más con una obra que con mil, mereciendo su oración, y habiendo cobrado fuerzas espirituales con ella, porque de otra manera todo es martillear y hacer poco menos que nada, y a veces nada, y a veces daño".

Así vemos a Ignacio de Loyola que a más del tiempo de su oración mañanera da dos horas a la acción de gracias después de la Santa Misa y pasa los atardeceres en su azotea romana, arrebatado de amor, bajo la incensación luminosa de los luceros. Así es como gobernaba a la Compañía, así es como entendía el buscar la mayor gloria divina.

Afortunadamente los jesuitas actuales nos han rehabilitado al Santo, permitiéndonos admirar con embeleso y entusiasmo su vida mística, que fue en él tónica predominante y sustantiva. Habría para miles de páginas recordando sus elevaciones mentales, sus raptos y conocimientos infusos a orillas del Cardoner, su constante sentimiento de la presencia de Dios y, sobre todo, su incomparable devoción trinitaria.

Su Diario nos revela cómo era impelido a la contemplación de la Trinidad, sus lágrimas y sollozos, pérdida del habla, unión consumada y estipendio de santísimos dones, e inefable comunicación.

Y San Ignacio, menos duro que San Juan de la Cruz, o más necesitado quizá de estas gracias para su vida apostólica, no las rechaza, sino que humildemente las disfruta, humedeciéndonos casi con su don incesante de "ver y sentir al Padre", que se le mostraba propicio y dulce, con gran moción de lágrimas incontenibles.

Indudablemente que extiende más la Iglesia y es mayor alabanza de la gloria divina un alma de unión, de amor, de heroísmo y santidad, que un tropel de otras exteriorizadas y remisas..., ¿por qué no buscar esa mayor gloria?

Y por cansancios, flaquezas o desolaciones, confundir el apostolado con la pérdida de lo anterior, con el atropello y la superposición de actividades exponiendo así esa esperanza de amor que El nos comunicó, y aquella vocación de intimidad a la que nos quiso... ¿No habrá algo de esto en algunas vidas?

El Beato Diego de Cádiz, el Misionero por excelencia, daba a la oración al menos tres horas diarias, y muchas de sus ocupadísimas jornadas cuatro o cinco horas. Esto durante toda su vida apostólica.

En sus cuentas de conciencia —tan confiadas y encantadoras— al P. González, se ve su cuidado y esmero en no dejar el retiro mensual y su empeño por los períodos de "desierto" en su Tebaida de Ronda, donde las horas de oración le ocupaban casi el día entero.

Y el "Precursor y pionero de la Acción Católica", el incansable Beato Vicente Pallotti nos ha dejado en los Procesos, en declaración hecha por hijos suyos, el secreto de tanto triunfo y conquista: "pasaba varias noches a la semana, enteras, en oración ante el Santísimo Sacramento".

Si los que mucho se aman sólo se viesen una hora al día, ¿no nos parecería irrazonable?

Sólo con Dios queremos justificar toda frialdad, desviación y tibieza.

Queremos —como dice un autor inglés— estar a una "confortable distancia de Dios".

Cuando nos toque aprobar planes de vida para almas que intentan sobrepasar la vulgaridad, pongamos en su horario bastante oración, en la medida en que sea capaz de ello, pero sin olvidar nunca que la frecuencia aumenta la capacidad, y que Dios se comunica gustosamente al alma que permanece humilde en su presencia.

Si es el peso de su amor, la tendencia profunda.

Seamos apóstoles de la oración, sembradores incansables de horas de oración... Si no pueden ser diarias y continuas, pongamos en las vidas que se nos aproximen toda la mayor densidad de oración posible.

Entre mis recuerdos más agradecidos conservo el de un religioso que cada vez que me confesaba me imponía de penitencia un cuarto de hora de oración sobre un tema de acuerdo con mis faltas. Sólo en el cielo sabrá el bien que me hizo.

Se pueden organizar pequeñas peregrinaciones a santuarios para aprender a orar, para hacer oración

y hablar de oración, y mejor todavía, como sabemos que lo hacen en Francia algunos grupos fervientes, unos fines de semana en lugares recogidos y quietos para dedicarse más personalmente a la oración solitaria. También sugerir la asistencia a horas santas o novenas que consistan en media hora de oración cada día, etc.

Nunca nos arrepentiremos de haber conducido a las almas al manantial mismo de la vida, al remanso siempre refrescante de la divinización.

Enseñemos a aprovechar los desplazamientos, las esperas, las colas, para un poco de silencio y contacto con Dios.

Pongamos oración en todos los márgenes de la vida y será cada vez más insaciable la sed que Cristo despierte en nuestro corazón.

2 — Cuidadosamente ambientada.

Creemos que no será necesario repetir lo que ya está en la mente de todos.

Que el Don Total no es doctrina perteneciente a Orden ninguna, ni vinculada a un Instituto en especial. No es la perfección específica de una espiritualidad concreta, sino una libre atracción para las almas, una alada y sobrenatural inclinación.

Este es un libro modestísimo, en el que hemos querido satisfacer deseos insistentes de delinear el conocimiento de las verdades que integran el Don Total, allanar las pocas objeciones que podrían suscitarse, demostrar las razones que imperan a su favor y el matiz propio que comunica a toda la vida.

El don total hace del misterio trinitario el con-

cepto-clave de dominar nuestra vida, pero exige también rodearlo de un clima gustoso y refrigerativo.

Nuestra generación necesita el sedante descansado de la contemplación para equiparse adecuadamente al apostolado..., junto a las aguas tranquilas crecen los álamos sombreantes.

Tomás Merton indica cuidadosamente:

"El que una Comunidad se encuentre abrumada por la actividad constituye un abuso".

Quienes aman a Dios, deben intentar crear o preservar una atmósfera en la que El pueda ser hallado... Es absurdo hablar del silencio interior si no existe el externo..., desechad de vuestra casa la televisión, si es necesario; la radio es inútil... Haced que la gente disponga de lugares donde pueda descansar su mente y su corazón en presencia de Dios".

Me ha encantado ver subrayado por dos autores franceses de Ordenes distintas la necesidad de un lugar adecuado que ambiente favorablemente la vida de oración. Alardean tanto de modernidad que debe de ser muy imprescindible esta saturación del paisaje cuando no quieren arrumbarla con los trastos viejos sino proponerla muy al día.

Sugieren una especie de camping huidizo de ruidos y de horario espiritual a rincones solitarios y quietos. Horas de oración en la calma suave de un cerro o de un remanso del prado. Pero mejor aún solicitar hospitalidad en un monasterio de rancia historia y líneas románicas, de fresca y jugosa placidez.

No nos faltan tampoco en España estos recursos, sino que abundan más quizá que en ninguna parte, excepto Italia.

Los seglares pueden gozar de un fin de semana que refuerce su vida interior no sólo ya en los grandes y famosos santuarios de nombres sonoros y patrios como Guadalupe, Covadonga, Montserrat, sino en conventos amplios y silenciosos, de clima inmutable, de serenidad constante...

Hay ciudades que son enteramente contemplativas, pueblos que transpiran una mística efusión y embargamiento; así también rinconcitos sueltos, iglesias sencillas y devotísimas, conventos y monasterios, playas abiertas sobre el mar de la devoción.

Tratándose de religiosos, sería de gran resultado para el progreso de la vida de oración, algún rincón entonado y recogido. Aquellas ermitas teresianas, tan baratas, tan sencillas y tan a tono, sin embargo, con un alto deseo de soledad y comunicación divina. ¡Qué fáciles de construir en nuestros huertos y jardines!

He visitado las de la clausura de San José y de la Encarnación y las de algún otro convento de España. ¡Qué lugar más breve y qué anchura al mismo tiempo para el alma contemplativa!

Indica un dominico francés que los noviciados, casas de probación, etc., deben edificarse en lugares donde el alma se halle más dispuesta para el trato con Dios.

El Señor buscaba ansiosamente esas "fugas místicas" y el Evangelio nos anota sus "desplazamientos": se retira a un lugar desierto, durante la noche, al huerto, a la montaña, lejos de la muchedumbre...

Hay que favorecer en las almas consagradas el desarrollo de este anhelo. Dom Pie de Hemmptine, el

angelical discípulo predilecto de Dom Marmiom, buscaba anhelosamente "un sitio a propósito para amar".

Las construcciones modernas que acumulan los distintos departamentos y dependencias estorban mucho más al recogimiento, que esos conventos anchos y dilatados donde queda margen para sentirse a solas y vivir en perfecto silencio.

¡Cuán celosamente debemos de buscar esas reglas con que toda la tradición monástica ha tapiado las Casas de Dios, horas de gran silencio, sitios regulares, patios, refectorios, claustros donde no se puede hablar!

Casi la mayoría de las Constituciones especifican que los locutorios estén cercanos a la puerta de entrada, para que no profane la morada religiosa el turbión de la conversación seglar.

Por eso es imprescindible —precisamente en los institutos apostólicos— que fuera de las horas de ejercicio del apostolado se recluya cada uno en su celda, lejos del estrépito de los de afuera, rehaciendo su vida consagrada y su intimidad con Dios, para poder luego tornar a los demás con las manos llenas y rebosantes de siembra de vida.

Hay otros sitios, en fin, donde existe un clima histórico de oración como es el Valle de Olaz en torno de la Santa Casa de Loyola, o en Caleruega, en homenaje al gran Santo Domingo, Javier y Alba de Tormes, siempre atrayentes, y más todavía ese incomparable desierto de Batuecas entre montes, helechos y tomillares, sus ermitas, sus fuentes rústicas y el alcornoque, celda de cada Santo.

3 — Amorosamente defendida.

Se ha de mirar la oración como lo más sagrado cercano a Dios que existe en nuestros días y el gran elemento de su defensa será el prestigio que vean tiene la oración entre los directores, o, si son religiosas, que dispensan otras cosas pero la oración no, que la frecuentan y hablan de ella calurosamente, la estima de ella crecerá y mejorará cada día.

El alma tiene que poseer anchura y aquietación. Por eso son de temer los cambios sin motivos, de horarios y la extinción de toda regularidad.

Convencernos muy a fondo de que la oración no puede ser del todo reemplazada ni sustituida; porque es la oxigenación del amor.

Así como en los buzos todo depende del ayudante que desde el bote o la costa le está proporcionando aire u atmósfera, que vigila cualquier accidente y le suministra el clima necesario, sin el cual el buzo subiría muerto a la superficie; así sólo la oración puede comunicarnos la vitalidad imprescindible y necesaria.

Terminamos ya este largo capítulo rogando al Espíritu Santo que inspire a las almas de don total que sin la oración no será El el peso y centro de nuestro más profundo amor.

XV

¡QUE BARATO COMPRASTE, SEÑORA!

PRACTICA CONCRETA DEL DON TOTAL

"¡Qué barato compraste, Reina Soberana!... Por cinco reales al que es toda la riqueza del mundo, ¡qué barato compraste, Señora!":

Así exhala su asombro devoto y regalado, el elegantísimo Fray Juan de los Angeles, dulce Maestro de espíritu de las Descalzas Reales y feliz director de la Infanta Sor Margarita de la Cruz.

Y es, en verdad, estupefacción y pasmo, para sorprender al alma enamorada, ver esos comercios divinos, donde por el ochavo de nuestra ofrenda se nos entrega la vida de Dios.

En ese dar de Dios y de nosotros, siempre somos los venturosos beneficiados.

Algunas personas han oído hablar vagamente del *don total,* son directores o superiores, y cuando un alma encendida en afanes de entrega, les pide la autorización para seguir ese atractivo, apagan con rapidez los santos entusiasmos:

—"eso es algo impreciso"...

—"es poco sólido, poco espiritual"...

—"lo del don total es poco práctico"...

Sobre esos criterios vamos a escribir aclarando las dudas.

Respecto a la solidez, reciedumbre y espiritualismo intenso del *don total,* no vamos a repetir más, pues su mejor defensa es su ancha base teológica, su inconfundible solera tradicional.

En respuesta a los que lo estiman algo desleído, impreciso, vamos a exponer unos puntos, que demostrarán cómo el don total está recientemente estructurado, y resulta algo exigente, apretante, aunque blando y sosegado, con esa ventaja superior, de unir, de simplificar, de tranquilizar todos los impulsos en uno solo. "Tanto tiene una cosa de bondad, cuanto tiene de unidad", ha dicho bellamente Boecio.

1.—*El don total es una determinación de la voluntad, es una disposición del alma.*

No es un suspiro ni un deseo balbuciente.

Ni una admiración, ni un fervorcillo.

Es una *determinación*: un escoger del alma, que elige el darse para siempre, sin condiciones ni regateos, al Señor.

Sabe que hay que tomar actitudes diferentes en la generosidad del amor. Hay quienes hacen propósitos y prometen: "haré tal o cual cosa hasta los próximos Ejercicios."

Está bien, son personas que aman al Señor hasta el punto de darle por su amor tres o cuatro esfuerzos. Son las que le hacen un regalo.

Hay otras más decididas que proponen: Le ofreceré en humildad más, en pobreza más.

Son almas que tienen a Dios muy contento, con esa aspiración *a más*, a no satisfacerse.

Pero en ese más y más, en esos puntos puede reservarse algo en otros; puede quedar bajo llave algo *intocable* que no se ofrezca a Dios. Algo que no se quiere ver al modo divino, para no tener que darlo. Hay algo más generoso que el *más*, que es el *todo*.

El *todo* es lo exhaustivo del amor. Sólo el *todo* es lo definitivo.

Un alma que quiera llegar de veras a la unión de amor, que cantó Juan de la Cruz, ha de decidirse a la *totalidad.*

Y a esto, son muchas las que suave e imperiosamente se sienten movidas, después de unas lecturas, de un rato de dirección, de unos ejercicios..., de una de esas horas regaladas y entrañables, en que el amor nos roza y se hace imposible resistirlo.

Y el alma se decide, hace un acto determinativo, voluntarioso, a fondo. Un acto "para siempre", tan concreto que no deja nada por dar.

Es la última y resuelta conversión a Dios (cuánto costará dejar aquel criterio..., aquella amistad..., aquel gusto y quizá... ¡hasta aquel ideal de santidad!).

Pero el Señor está empeñado en el todo. Saltará sobre todo, porque se trata de Dios..., y a El no puede amársele de otra manera y ella va a comprometerse a la vida total y plena del amor.

¡Sí! Deshará, romperá, arrancará..., hasta que sepa y sienta que en ella no queda reserva ni restricción.

Cueste lo que cueste. A esto no se llega en la práctica sino poco a poco, pero la voluntad de darlo todo, esa tiene que pronunciarse y existir desde el principio, y a fuerza de atornillarla es como logra fijarse.

Rafaela de Ibarra y Villalonga es un ejemplo de *don total* en medio del mundo, casada y con opulenta posición.

Llegó a su matrimonio cándida y piadosa, con ese

rostro angelical que vemos en un retrato muy isabelino, "sin tener falta grave", como ella misma escribe.

Desde su boda hasta su muerte "no cometió pecado mortal", afirma su confesor en el proceso de su beatificación..., y, sin embargo, Dios quiere algo más de ella. Lo quiere todo.

Y la "hora de Dios" tiene en ella tres tiempos, como los tres toques diarios del Angelus, que la llevarán a la entrega absoluta. La muerte de su hermana Rosario, en 1885, de gran repercusión en su vida espiritual, la dirección de don Leonardo Zabala, comenzada en 1876 y lo que ella llama su "conversión completa" en Barcelona en 1878, que fue el salto de una vida fervorosa a una vida de don total, culminando doce años después con el voto de hacer siempre lo más perfecto.

Este proceso se da en una señora, madre de muchos hijos, esposa modelo, metódica y apacible, pero a la vez de celo paulino, que dio a la Iglesia la Congregación de los Angeles Custodios.

Así son las almas, cuando se proponen trascender todas las cosas y ser espléndidas con esa locura..., con eso que llamó el Areopagita "*sabiduría irrazonable*"..., que es causa de todo entendimiento, razón y sabiduría..., *clarividencia luminosa* de lo indescifrable, "lámpara que se enciende en el corazón del que busca en verdad el amor".

2.—*El don total llega a establecer el alma en el puro amor.*

Un estado es una instalación en algo permanente.

Continuidad de la vida religiosa, del matrimonio, etcétera.

El don total es la estabilidad en la unión de amor. No por un año ni por veinte.

Es hacer el SI perpetuo.

Es mantener el ECCE y el FIAT.

Es adherirse siempre y en todo a la divina Voluntad.

Es la conformidad, el vivir un estado de entrega, en continuidad de hostia.

Es la fijeza en el amor.

Es una "residencia" del alma en Dios, sin querer salir de El.

Es una disposición permanente que mantiene el alma en continuo estado de oblación.

Es la reproducción más identificada con Jesús que constantemente vive en el seno del Padre,

hace lo que le agrada al Padre,

se ofrece en sacrificio sacerdotal al Padre.

En esta "disposición permanente" está todo el vitalismo, toda la virtualidad del don total.

Porque los propósitos de Ejercicios aislados, se cumplen cuando llega la ocasión, pero el don total es una *actitud sostenida* dulcemente en el alma, y su eficacia está en su permanencia, en esa vivencia de amor, honda y profunda, que "todo lo da".

Todo se empapa aromoso y perfumado, en ese florecer de riquísimas delicadezas..., en ese potenciar el espíritu para el máximo rendimiento.

3.—*El don total se actualiza en el momento presente.*

Si en cada momento el Padre se da al Hijo como Padre..., y el Verbo se da al Padre como Hijo..., y el Espíritu Santo dándose y recibiendo, estrecha su inefable lazada de amor... Yo tengo que imitarlos... dándome en cada momento a esa Trinidad adorable que quiere incorporarme a su Misterio.

Y darme..., puede ser en este momento renunciar a esa lectura asombrosa y culta, pero quizá perjudicial "para almas de *espíritu interior y recogido*", como dijera el suave franciscano autor del *Manual de vida perfecta.*

O privarme de ese gusto, de esa manifestación de mi egoísmo..., o quizá un acto positivo, una violencia de esas que arrancan el Reino de los cielos, o dar la cara por mi hermano indefenso, o el pronunciar la verdad sin disimulos.

Lo que sea. Otros lo llamarían, ahora una frase de humildad, un acto de obediencia, un rasgo de caridad.

Nosotros preferimos la sencillez, la simplificación y la unidad..., todo se nos torna "don total" al estilo trinitario.

Y en vez de cansarnos recordando: ahora la modestia, ahora la discreción, ahora la lealtad de un modo más moderno y rotundo, decimos lisamente "*ahora me tengo que dar*".

¡Sí! Me daré a Jesús como El se me da..., viviré mi Misa continua...

Y todo con esa serenidad de dulzura, con placidez primaveral. Porque no hay que vivirlo con tensión

nerviosa, ni con tirantez extrema, sino llanamente, con lealtad.

Cuando en cada momento se proyecta en mi conciencia como en televisión, lo más agradable a Jesús, lo propio de mi yo, que debo evitar..., cuando sobre la superficie blanca se destaca el conocimiento de cómo debo vivir aquel acto..., entonces el alma fiel pronuncia su Suscipe..., su Ecce..., elevado, alegre, saturado de amor brota el don total.

"De esa disposición de uno mismo, centro o íntimo del alma, de allí es de donde salen nuestras obras, eso es lo que las *califica* y *condiciona*, y eso es lo que mira Dios, y no la grandeza y densidad de ellas" (Ruysbroock).

El don total arrastra con todo, para que no quede asidero ni añagaza de apetitos bien guardados.

Así el alma destila toda su esencia personal, desjugándose dulcemente en movimiento de amor, en entrega total.

Así reproduce ese peso inefable que es la inclinación de la Trinidad a comunicarse a nuestras almas... así puede exclamar con todo el entusiasmo de su corazón:

"Dios mío, yo quiero ser vuestro gozo...
quisiera ser vuestra satisfacción...
Dentro de Vos sumergida, abismada así sea en mi vivir... [adelante
¡Reproducíos en mí..., venid a mi alma,
vivid en ella vuestra Trinidad!...".

XVI

EN EL ESPIRITU DE AMOR QUE NOS HA SIDO DADO

El Espíritu Santo —ha escrito con delicadeza Ernest Rob— es un "yo" en la profundidad de Dios, vive con el Padre y el Hijo en una misma y eterna vida, pero no es el Padre ni el Hijo."

Es el Amor constituyendo una Persona, es todo lo que en Dios alienta bondad, sabiduría, dilección y amor..., es la moción vital, el impulso de entrega... ¡El Espíritu Santo es esencialmente el Don!

Don límpido y claro, sin artificio ni opacidad.

Don regio, imperial, magnífico y subsistente.

Don sobre todo, inmutable..., que no se arrepiente de dar.

¡Inmutable! La más preferida y dilecta de las hondas conceptuaciones divinas recibidas por María de Agreda, en visión elevada y penetrativa.

Todos sus escritos, plegarias, desafíos —y hasta esa "sabatina" con que cada semana daba en un cuaderno cuenta de su conciencia— brotan al canto adorante y postrado ante el Ser magníficamente inmutable de Dios.

Don inmutable, sin oscilación ni penduleo..., sin volubilidad ni retroceso, sin enfriamientos ni estrechez.

Una de las características de la perfección divina es la estabilidad absoluta, y Dios se nos da así... Espíritu: Don de Amor Inmutable.

Es una especie de remedio de la inexpugnable firmeza divina: sobre toda agitación estremecida, domi-

nando esos hombres que cambian y descambian, que cotizan y quiebran..., el Don del Espíritu nos adentra en su orla de eterna y reposada perennidad.

Y hemos de encontrar en eso una de las características de la etapa de consumación... La integración plena de esa especie de asemejamiento divino que es la permanencia.

Pero en Dios la inmutabilidad no supone falta ni carencia, porque no puede mejorarse Quien tiene en Sí toda la plenitud de santidad..., pero nosotros, "elegidos desde el principio, en Cristo, para ser santos por el amor", modificándonos, mejorándonos, perfeccionándonos es como hacemos más estable nuestra totalidad.

Ir entregando las cosas al don total, es ir metiéndolas en la adoración del Señor y en el parecido a El. Son perfiles de amor que garabatea toscamente nuestra buena voluntad, y que El con dulcísima condescendencia dibuja con trazo justo y misericordiosamente acaba.

Don inmutable. En el Espíritu es Don la Trinidad entera, la que se mantiene sin relación ni dependencia, la que se perenniza sin término ni final.

Y volvemos de nuevo a la contemplación del Absoluto..., porque nos abisma y sumerge quien puede definirse diciendo: "Yo soy el que soy".

Determinante, afirmativo, rotundo, soberano, sin composición ni distinción de partes, cuanto hay en Dios es Dios, y todo es su Yo propio, necesario y personal.

En esta afirmación divina podría decirse que tiene

el don total en piedra básica y cimentadora. Sobre El construimos.

Ahora que el Padre Santo clama a sus hijos solicitando, como dijo en una memorable audiencia, "que renuncien a la mediocridad y quieran al heroísmo, la hora de la *entrega completa*", ahora que vemos sus anhelos por "difundir la vida divina"... ¿no nivelaremos algo al mundo tratando de empinar a las almas y endiosarlas?

¿No suscitaremos en otros el ideal de una vida esencial y deificante?

¿No se encuentran núcleos de almas con vocación de "suscitar santidades por la auténtica santidad"?

Y no hacen falta demasiadas trompetas ni bocinazos.

Sino la ancianita aquella que decía el Maestro Avila, o los "amigos viejos de Dios", que buscaba Juan de la Cruz, o unas monjitas en soledad de toda apetencia y lucimiento, o un alma de virtud cimentada en la humillación.

O la mujercita aquella, cuyo marido no ha vuelto todavía y quema el aceite de sus lágrimas en la torcida parpadeante de una perfecta aceptación, o el apóstol que sin alharacas mantiene una obra constante y hermosísima.

Almas a quienes Dios no les permite quedarse con nada y se muestra divinamente inflexible en la exigencia, pero que sólo también ellas pudieran decir con cuánta claridad, cuánto amor han encontrado por aquí.

"Almas —como Claudel— clientes habituales de la

Cruz bendita" que la explotan a lo divino para bien de la Iglesia.

O como el Cardenal Mercier, obligado con voto de inmolación a no negarse a ningún sacrificio que le pidieran sus obligaciones, las circunstancias y, sobre todo, la inspiración del Espíritu de amor.

Almas pneumáticas, en que el Espíritu informa, conduce, a través de altibajos y cansancios, optimismos y misterios, alientos y enigmas, son la manifestación de un soplo impelente, que transforma, embriaga y crea mundos de maravillas.

El Espíritu Santo es el amor que nos habitúa, que nos connaturaliza con Dios.

Existe siempre como una especie de malestar en el fondo del alma interior que no acaba de entregarse, que se reserva algo, que se mide, es el Amor pospuesto y desatendido.

El Espíritu Santo nos ha sido "dado", para que nos apoderemos de El y lo hagamos nuestro, en bella posesión.

Claro que no dejaremos de toparnos con personas que repiten machaconamente "dejad eso del Ecce y del Fiat para remate de la santidad, sed sencillos y comenzad por los principios".

Pero tal vez olvidan que Jesús comenzó su vida con el "Ecce venio" y que la Virgen Inmaculada puso en su inauguración corredentora el "Ecce ancilla" y el "Fiat".

Sin que se alteren los constitutivos de nuestra naturaleza, tenemos que vivir en un plano muy superior a ella, el soplo divino nos suele empujar a soledades insondables..., dejémonos conducir por él.

No temamos el tránsito del amor que insinúa al Amor, que se nos hace experiencia. Porque al meditar la esencia profunda de nuestra vida trinitaria, como feliz realidad de nuestra filiación, se comprende fácilmente la continuidad orgánica de la vida mística y de la gracia santificante.

El gran impedimento y muro para la contemplación..., ese "no sufrir tan recias purificaciones y lejías", es por la rebeldía del vaso de arcilla que no quiere resistirlas y se escapa de ellas, pero el alma de don total que a todo se hizo perdidiza y que sólo en amar tiene su ejercicio, es como un cristal tensionado capaz de los más duros refregones. Es un SI para toda operación divina.

La Mística es lo trinitario ensayando a adaptarse a nosotros.

Es lo divino adecuado a nuestra pequeña capacidad.

Dios cuando se da, agota en sus gestos todo lo exprimible del don, y la mística es como "un más allá" de la intimidad contemplativa; es un intento divino de saltarse los reglamentos de este colegio de la tierra para dar a sus hijos un abrazo prematuro y regalado; es una impaciencia por anticiparnos algo de lo que nos dará eternamente.

Es como la foto que nos manda del palacio que nos espera.

Pemán nos diría que es el olor que antecede al vino, el aroma generoso del Jerez para la cena enamorada.

O como una pulsera de pedida, del compromiso pactado y también un poco como ese pellizco infan-

til que prueba con un dedito la tarta del banquete de bodas... ¡Así la mística, feria de muestras de la experiencia inefable!

Poseemos todos como un extraño poder, el de "graduar la presión" de la Trinidad en nosotros; nos anegará con la fuerza que señalamos en un marcador que registra la caridad como centro y corazón del vivir en perfección. Pero Dios se reserva otra energía que sobrepasa a nuestros actos meritorios por intensos que sean: el hacernos vivir la vivencia inefable de lo divino, por una inefable comunicación.

Los doctos hablan de comunicaciones de amor, y comunicaciones de inteligencia, de experiencias del entendimiento y del afecto..., y en los diarios, notas y relaciones de las almas espirituales vemos cómo unas veces recalcan un aspecto y otras otro, y unas terceras algo distinto y parecido. Encontramos acertadísima la opinión del R. P. Juberías, C. M. F., cuando escribe: "La contemplación infusa es una comunicación de Dios a todo nuestro ser, recibiéndole cada parte según la capacidad y disposición".

Esto es muy exacto. Aunque los autores dividan y subdividan en escalas estudiadas las diferentes clases de contemplación, no cabe duda que aun reconociendo que hay en ellas una gama infinita de tonalidades y matices, el color general es el de la "unión". La mística es una unión sentida de Dios en una comunidad inefable. Y caben muchos más y muchos menos.

Aquí no hacemos ciencia. Se trata sólo de excitar en las almas el deseo del goce de Dios, la sed de su contacto, el hambre de interioridad. Porque de hecho,

cuando por esos mundos de Dios, el Señor nos ha concedido encontrar almas hasta entonces desconocidas, pero que vibraban a la doctrina del don total, hemos ido viendo cómo conducidas por su fidelidad amorosa iban adentrándose poco a poco en las grandezas trinitarias.

Y al cabo de algún tiempo más y más atraídas a lo interior; la tendencia profunda que les caracteriza ha sido recompensada por el Señor con recogimientos, luces, aprehensiones, unión infusa, silencio interior, toques sustanciales..., gracias preciosísimas en fin, que nos hacían bendecir entre lágrimas al Señor que no puede contener ni reprimir su don a las criaturas.

Almas rústicas, sencillas, de aldea y cortijo, pero con una fineza de espíritu que asombra, sacerdotes de la sierra que nos han leído algún que otro voto de entrega absoluta y plena; monjitas recoletas, chicas que en el siglo se sienten personalmente entregadas a Dios, y hasta algún prelado que no desdeña la senda ya trillada para ascender a El... ¡Cuánto podríamos decir de esas almas "tocadas" sobrenaturalmente por una impresión de amor!...

Su don total, como la pobre mujer enferma, supo rozar con su verdad sincera la fimbria de la túnica divina... Y un poder maravilloso salió de El...

¿Quién me ha tocado así?, preguntará también el Señor cuando un alma sin reservas se le oblaciona muy quedamente a cada rato del día. Porque Jesús siente que sale de El hacia ella una escondida y misteriosa comunicación. Sí, lo repetimos jubilantes: ¡Dios se da a quien se da!

¡Y si queréis gustar al Señor, daos totalmente a El!

La Trinidad se nos ofrece..., sepamos recogerla... ¿Cómo? Consintiendo en el amor.

Hay que fomentar en sí humilde pero insistentemente deseos levantados, santos, vehementes, Dios quiere que "se nos apetezca".

Y la gran tristeza del mundo es que se ha encaprichado con todo, menos con la única y suprema iluilusión. No suspirar tras la más íntima unión con pretexto de humildad es engaño y soberbia que no espera en la absoluta y desbordada misericordia divina.

Todos los que fuertemente lo desean y lo procuran, llegarán a este fin de amor para que fuimos creados, como decía San Juan de la Cruz.

Que nos inflamen ansias de amores, ambiciones floridas de ideales, porque el mismo santico de Yepes, embelesado ante una de estas almas, que cantan la gloria divina con su entrega, exclama transportado:

"Estos actos de amor de esta alma son preciosísimos y merece más en uno y vale más que cuanto había antes hecho toda la vida, sin esta transformación, por más que ello fuese."

¿Ves? Establece tu jerarquía de valores..., por más que fuese lo que hayas hecho en rezos, apostolado, lucha, vencimiento..., si alcanzas la unión deificante, te repetiré con el Santo: "da más gloria a Dios esta alma que miles de otras que están en vida ordinaria."

El Padre se nos da..., se nos entrega el Hijo en el amor del Espíritu Santo..., después de este don, ¿qué puede asombrarnos que sea tan fácil en darnos a los demás?

Su influencia invade todo el espíritu, lo "trinifica", repercute en toda su conducta y alcanza e irradia a cuantos le rodean.

No vaya a pensarse jamás que el don total deja de ser apostólico. Al contrario, cumple un apostolado en que reparte lo que tiene y en lo que abunda.

Precisamente por el bien de su apostolado ha querido interiorizarse más y mejor; porque sabe que todo apostolado se compromete cuando se arriesga la interioridad.

Sólo una voz que ha dialogado mucho con Dios y que ha callado recogida ante su Palabra, tiene inflexiones divinas para catequizar a sus hermanos; sólo un corazón que ha roto el muro de separaciones del griego, del judío y el gentil, vencido por el triunfo absoluto de Cristo, puede llevar el eco de su mensaje.

Sólo una sensibilidad que barre las fronteras nacionales con los ramos de olivas de esa paz comprensiva, que se deja dominar y superar, puede responder plenamente a la llamada de las almas.

El alma de don total imperturbable para las razonadas sinrazones del amor propio, sin compasión con su cansancio y pobreza, sin egoísmo de fáciles recreaciones, vive en el continuo olvido de sus problemitas individuales y en un bellísimo y amplio esfuerzo de catolicidad, participa de todas las angustias de la Iglesia Madre.

Y su obra de construcciones es sencilla y descansada.

La mayoría de los hombres se complacen en pagarle a Dios sus beneficios en moneda vulgar con un tanto por ciento de propia satisfacción o atractivo, otros su-

ben a corresponderle en divisas, siempre más apreciadas, sólo algunos —muy pocos— quieren emular la munificencia divina y liquidan en moneda oro..., ¿pero podemos calcular siquiera lo que Dios tiene reservado en bendición y recompensa para quienes así son de espléndidos con El?

¡Cómo transmite el alma la presencia de ese Dios que la invade!

Sólo en el cielo se podrá entender la esterilidad de aquellos a quienes siempre sobra algún sacrificio por hacer, a quienes se les queda la renuncia de algún gusto entre las manos!

Aquí en la tierra la proporción no falla..., a más donación, más efectivo apostolado.

Parece que a cada una de estas almas encendidas, abrasadas, ígneas, de apóstoles de permanencia contemplativa, el Señor les confía como a Santa Verónica Giuliani: "Tu tarea será el tráfico de las almas..., padecerás con mi padecer y obrarás con mis obras; pues has querido quedarte en Mí."

El don total no se recompensa sólo por la paz y el gozo en el Espíritu Santo, sino que en el mismo Espíritu..., que nos ha sido dado..., será el *Gozo y la Paz de nuestro don total.*

Y todo el secano del alma reflorecerá, como un lirio, mientras estrena la estrofa consagrada de su fidelidad...

Entonces entonaremos la canción nueva del don total...

Y arroparemos entre transportes incomprensibles de un alborozo inmenso el canto de cuna de aquel inicio de nuestra vocación de entrega.

Y los primeros pasitos de renuncias temblorosas entre las andaderas de gustos y consuelos principiantes..., ¡oh!, gracias al regazo que nos ofrecía la mejor de las Madres, nos atrevimos a comenzar.

Y evocaremos las estrofas mañaniegas de un fervor de hora de prima, impetuoso y adolescente..., y la marcha amorosa del hábito adquirido que pisa fuerte en las carreteras asfaltadas.

Himno de juventud conquistadora fué nuestro don total en los tramos pinos y costosos, y salmo recoleto en las horas de silencio interior, con que nos sumíamos en unión amorosa. Tono solemne de momentos decisivos en que el Don Total fué un Credo en alta voz confesional y afirmativo, lleno de languidez que, sin embargo, ama al alimento puntiagudo y doloroso de las noches oscuras...

¡Sí! Nuestro don total ha sido el cántico que en esta tierra extraña evocó tu secreto y tu música callada!

Y por eso bendecimos, Señor..., porque fué nuestro pobre verbo el reflejo de nuestro espíritu, el que pusimos todo en él..., para que ahora resuene en la Palabra única, en el Logos supremo sin callarte jamás y sin quebrar el misterio de tu silencio abisal e inmarcesible...

¡Porque a Ti, eterno Vivente, queremos consagrar la exclusividad de nuestro absoluto!

Y en Ti quiere el alma ocultarse con el que no se ve.
Escondida con el Escondido.
Encerrada con el Enclaustrado.
¡¡Silenciosa con el Callado divino, sola con sólo El!!

Alejada con mi Cercano íntimo.

¡¡¡Ausente de todo para el Todo presente!!!

... ...

Y llegará un día término, una hora venticinco en que conoceremos como somos conocidos y amaremos como somos amados..., y los ojos iluminados de nuestro corazón abarcarán de una mirada el espectáculo inefable.

Lucirá una mañana en que la noche de la vida doblará su manto para no usarlo más.

Y un alba sin final en que se despabile nuestro amor ante la revelación deslumbrante del Infinito... Y veremos aproximarse hacia nosotros como un Don eterno a Aquel a quien en la tierra nos dimos sin cesar.

Y se nos estremecerán entre las manos —ya gloriosas— aquellas pequeñeces con que fueron *nuestro dar*..., la oración mantenida a contrapelo, la palabra no dicha y callada..., y el juicio y el razonamiento triturado por amor..., la enfermedad estrechada porque El lo mandaba..., el vencimiento menudito..., la observancia fidelísima...

Y lo encontraremos tan "nonada" que nos dará hasta vergüenza de haberlo llamado don... y de haberlo creído total.

¡Pero El vendrá!, ¡y nuestra vida, que sólo supo de esa *dirección única* que conducía al Absoluto, vibrará con la imantación de su cercanía..., todos nuestros pasos los dimos hacia El!

Y sabremos entonces por qué era Trino y Uno, y todo el balbuceo de nuestra "trinificación"... y en el goce de la Trinidad que nos asienta en Sí, resplande-

ceremos al brillo de su gloria y amaremos con su misma dilección incomparable.

Y lamentaremos no habernos deificado más y mejor..., y no habernos asomado al brocal del pozo de muchas vidas hermanas para mostrarles la Trinidad, luna blanca y proyectada en el reflejo silente de sus aguas...

Y viviremos la vida insondable con un movimiento doble y eternamente igual...

Y seguirán el Verbo y el Espíritu infundiéndose en nosotros, para embebernos en el Padre, que nos está llamando con un nombre nuevo, poblado y solitario...

Y retornaremos a la primera fuente como fragata al Puerto codiciado...

Y entre macizos claros de jacintos, coronarás con la aureola rutilante, con el premio personal de Ti mismo, a quien hizo de su vida plasmación continua de la doxología plena:

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Amén. Amén.

"ADOREMOS SUS LLAGAS...

RENOVEMOS NUESTRO DON..."

En la llaga abierta del pie izquierdo.

¡Oh señor inmutable, sin fin y sin principio...! ¡Oh divinidad oculta tras el cuerpo exánime y desangrado! Yo te adoro.

¡Dios Altísimo, sabio y santo en tu Esencia y perfecciones, yo me postro reverentemente y en esa llaga pongo mi adoración a tu Majestad oculta y apagada! Tú eres el Ser, la Vida que de nada necesitas, porque en Ti todo lo tienes...

¡Oh Señor soberano, os rindo el homenaje de mi reconocimiento como criatura, de mi total adoración, de mi sumisión completa! Confiésote en sacrificio de alabanza de gloria y te prometo que toda mi vida en adelante será una perpetua adoración a Ti, Dios invisible, verdadero y todopoderoso, que tienes sobre mí todos los derechos, que me sacaste de la nada, me conservas y me sostienes. ¡Quiero desde hoy vivir como criatura nacida de tu amor, en total adhesión a vuestro Ser inmutable!

Señor que, siendo tanto, ahora pareces tan poco, yo os adoro como Causa de todas las causas. ¡Y en mi

continua adoración me entrego a todos vuestros planes y designios sobre mi alma!

¡Aunque sean insensibles y crea empequeñecerme con ello!..., reverencio vuestros caminos y abandono mi vida en esa llaga preciosísima.

En la llaga sangrante del pie derecho.

¡Señor, no me despreciéis porque os he ofendido! ¡Yo reconozco mi pecado y lo detesto ante tus plantas! ¡Te ultrajé a Ti que, con amor, desde el principio me elegiste y segregaste para Ti sólo! Yo quiero levantarme de mi vileza y emprender nueva vida... Bautízame en esa llaga con una efusión de tu Sangre que me lave (purifique), me limpie y me clarifique.

¡Comience yo, desde hoy, Señor, a evitar todo pecado grave y leve imperfección y estorbo a tu gracia, toda dureza en apagar mi yo, toda complacencia interior que no sea grata a tus ojos!

¡Revísteme de Ti, con la nueva túnica de la vida de amor y de felicidad!

¡Renuévame en una virginidad intacta del espíritu que blanquee y espiritualice todas mis acciones, sentimientos y anhelos! Toda blanca, Jesús, salida de tu Sangre, blanca como el lirio, la luna, la nube, la inocencia. ¡Toda intacta para Ti, sin mezcla ni ajamiento de criaturas! ¡Toda impoluta y clara en esa soledad interior que es casta, recatada y transformativa!

En la llaga palpitante de la mano izquierda.

¡En esta hendidura, como en templo vivo, yo vengo a ofrecerme toda a Ti! ¡Te hago como una profesión solemne para la vida de perfección y santidad..., para la más alta unión de amor!

Quiero ejecutar mis acciones todas de la manera más perfecta, santa y agradable a Ti. Quiero realizarlas con la intención única de complacerte y consolarte. Quiero elegir aquello que más se asemeje a Cristo, en pobreza, en privaciones, en despojos, en muerte. Lo quiero para ahora y para todos los días de mi vida, con la intensidad mayor que está a mi alcance, con un alcance, con un amor inmenso y pleno, que no quiera lo ramplón, ni ceda a lo tibio, ni acepte la frialdad.

Os dedico todos mis sentidos y potencias para aspirar a obrar en todo del modo más santo que puedo, con firmeza y perennidad.

En la amorosa herida de la llaga de la mano derecha.

Llaga del desposorio y de la privanza divina. Señor, os renuevo mis votos religiosos con el amor mismo con que los hiciera por vez primera, con el ímpetu y el anhelo siempre nuevos de ligarme contigo. Mi obediencia fundida en tu ser, obediente hasta la muerte y muerte de Cruz... Mi pobreza para no tener como Tú donde reclinar la cabeza y aun el espíritu, ni un alma gemela, ni un corazón bueno, ni aun tu gustosa

comunicación. Mi pureza para adentrarme en el desierto silencioso donde Tú te viertes y te comunicas cuando en el alma no hay roce ni mancha, cuando está entero todo el Amor.

En la llaga santísima de su costado abierto...

Sobre este altar de encarnación y de entrega... Sobre esta ara de Quien se agotó en hacernos su don... ¡Oh Padre, que nos disteis como don al Verbo, porque hasta ahí llegó vuestro amor a los hombres...! ¡Oh Verbo, que con vuestra Pasión y Muerte, nos hicisteis el don de filiación del Padre...! ¡Oh Amor, Espíritu Santo, Don por excelencia, que nos trajisteis el don de la Redención, de la santificación!

¡Celeste y encendido donador de la Iglesia y de María!

¡Oh Trinidad amorosísima, en esta hora solemne yo me entrego en don total y perpetuo a Vuestra Santísima Voluntad!

¡Aceptad mi ofrenda en unión de aquel acto de Jesús, que hacía siempre aquello que más os agradaba!

¡Me ofrezco a vuestra voluntad enteramente, absolutamente, para ser su presa, su Hostia y su víctima!

Que mi voluntad se funda, se identifique y se desposе con la Vuestra. ¡Quiero vivirla, colmarla, sea cual sea, me conduzca a donde me conduzca! ¡En cada instante quiero vivir de Vuestra Voluntad, sin recortes, sin enmiendas, sin adaptación!

Quiero adivinarla en todas vuestras permisiones,

descubrirla bajo todas sus presencias, acertarla en todos los acontecimientos y circunstancias...

¡Me abandono a Vos, como la hostia se deja al celebrante..., partid, destruid, consagrad!

Quiero vivir sin glosa toda la amplitud de vuestro querer sobre mi alma. ¡Oh Llaga bendita del Corazón de Cristo, en Ti renuevo todas mis otras ofrendas, victimaciones, oblación...! Que así como El se da al Padre y a las almas hasta la última gota, yo me dé enteramente, exhaustiva y plenamente a la Trinidad. Amén.

Oh Madre Amantísima, por quien Jesús nos viene, que nos haces verdaderos hijos tuyos en esta cumbre del Calvario..., enciérrame dentro de tu Corazón, como en clausura mayor y escondida, para que en la continua vivencia de mi vida marianizada yo sea

Para mi amor propio, un exinanivit.

Para mi dolor, un ecce venio.

Para mi sed un "¡Dilexit!".

Para toda la Iglesia un amarla y entregarme en el amor por Ella.

Pero siempre en lo recoleto de tus brazos...

Siempre tras las rejas de tu Corazón.

AMEN.